

(A)normalidades electorales

“El próximo presidente aún no aparece en las encuestas”.

Edgar Gutiérrez

Es cierto, no puede haber procesos electorales idénticos. Dentro de la normalidad ocurren elecciones con resultados no previsibles por lecturas poco profundas de la psicología popular o eventos desequilibrantes de última hora. Fue el caso del insólito triunfo de Jorge Serrano en 1990. Por lo regular, los contendientes con aspiraciones serias tratan de seguir las normas razonables: posicionarse en el imaginario popular y estar respaldados por una maquinaria bien aceitada de cobertura total.

Así fue en 1985 con Vinicio Cerezo y una portentosa e histórica DC; con Jorge Carpio, que no ganó en las dos finales en que participó (1985 y 1990), a pesar de ser bien conocido del público y contar con un partido amplio y muy activo, la UCN; con Álvaro Arzú en 1995 y el partido que él creó, el PAN, con fuerte influjo en la capital y otros distritos urbanos de peso; y con Alfonso Portillo en 1999 y un FRG imbatible en las zonas rurales.

Otra regularidad de nuestros procesos electorales es que el candidato finalista perdedor de una elección es virtual ganador de la siguiente. Arzú se impuso a Portillo, pero este fue el siguiente presidente. Portillo aventajó a Óscar Berger, quien, aunque estaba retirado, había permanecido en el imaginario, y ganó la siguiente contienda. Y otra constante –cumplida impecablemente durante los últimos 20 años– es que un partido que hace gobierno, no repite.

Las irregularidades fueron Serrano venciendo al favorito Carpio, y Berger montado sobre una coalición improvisada de partidos recién hechos. Esas anomalías tuvieron a la postre costos políticos. En un caso, el golpe de Estado de mayo de 1993, ejecutado por un mandatario con vocación de poder, pero carente de mecanismos institucionales complementarios para ejercerlo. En el otro caso, una coalición de gobierno que empezó a desgranarse a los pocos meses hasta de hecho desaparecer (aunque formalmente se inscribió como partido), dejando este año al Ejecutivo postrado ante el Congreso.

En la lógica de la regularidad electoral esta vez –como dicen las encuestas e indican las notables adhesiones que registra en los últimos meses dentro las elites económicas que le eran hurañas o francamente adversas– Álvaro Colom, anterior finalista, debe ganar en 2007. Alguien podría anotar que no tiene un partido fuerte, pero en verdad nadie tiene ahora una maquinaria electoral digna de quitarse el sombrero.

No obstante, para varios de los observadores políticos más intuitivos que conozco, algo de esa lógica no encaja. Uno de ellos, respaldado por un aparato

serio de análisis, me dijo: "El próximo presidente aún no aparece en las encuestas". Otro más, también muy agudo, me comentó hace pocos días: "El camino está abierto, cualquiera puede ganar". Desde luego, eso no inquieta a Colom y sus colaboradores que ya actúan como futuro gobierno.